

UN MAR DE ESPECIAS

Antonio Callejón Peláez

UN MAR DE ESPECIAS



ESDR JULA
EDICIONES

{COLECCIÓN **SÍSTOLE**}

Primera edición, abril 2019

© Antonio Callejón Peláez, 2019

© Esdrújula Ediciones, 2019

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Martín Bohórquez 23. Local 5, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Víctor Miguel Gallardo Barragán y Mariana Lozano Ortiz

Ilustración de cubierta: Adrie Tejero

Impresión: Gami

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 509-2019

ISBN: 978-84-17680-18-3

Impreso en España · Printed in Spain

A mi hermano Quique,
viajero incansable,
trotamundos y loco bueno.

Si, como algunos afirmaban, la Tierra no fuera un disco, sino una esfera, Alejandro, que había desaparecido por el Este, aparecería algún día viniendo desde el Oeste¹.

¹ GISBERT HAEFS: *Alejandro Magno*.

La documentación principal en la que se basa esta novela está tomada del escrito de Antonio Pigafetta, testigo directo, y del de Maximiliano Transilvano, pariente de uno de los supervivientes. Ambos se conservan en un solo tomo con el título *Il viaggio fatto da gli spagnivoli a torno a l mondo* en la Biblioteca Nacional, Sala Cervantes, Sección de Raros, con la signatura R/1779 (1 y 2).

En este año de gracia de Nuestro Señor de 1527, me dispongo a narrar las aventuras e infortunios de unos hombres que realizaron la proeza más increíble que los siglos hayan contemplado. Grande es mi atrevimiento al pretender explicar con meras palabras sobre un sencillo papel, todo lo que aquellos héroes sufrieron y presenciaron durante casi tres años.

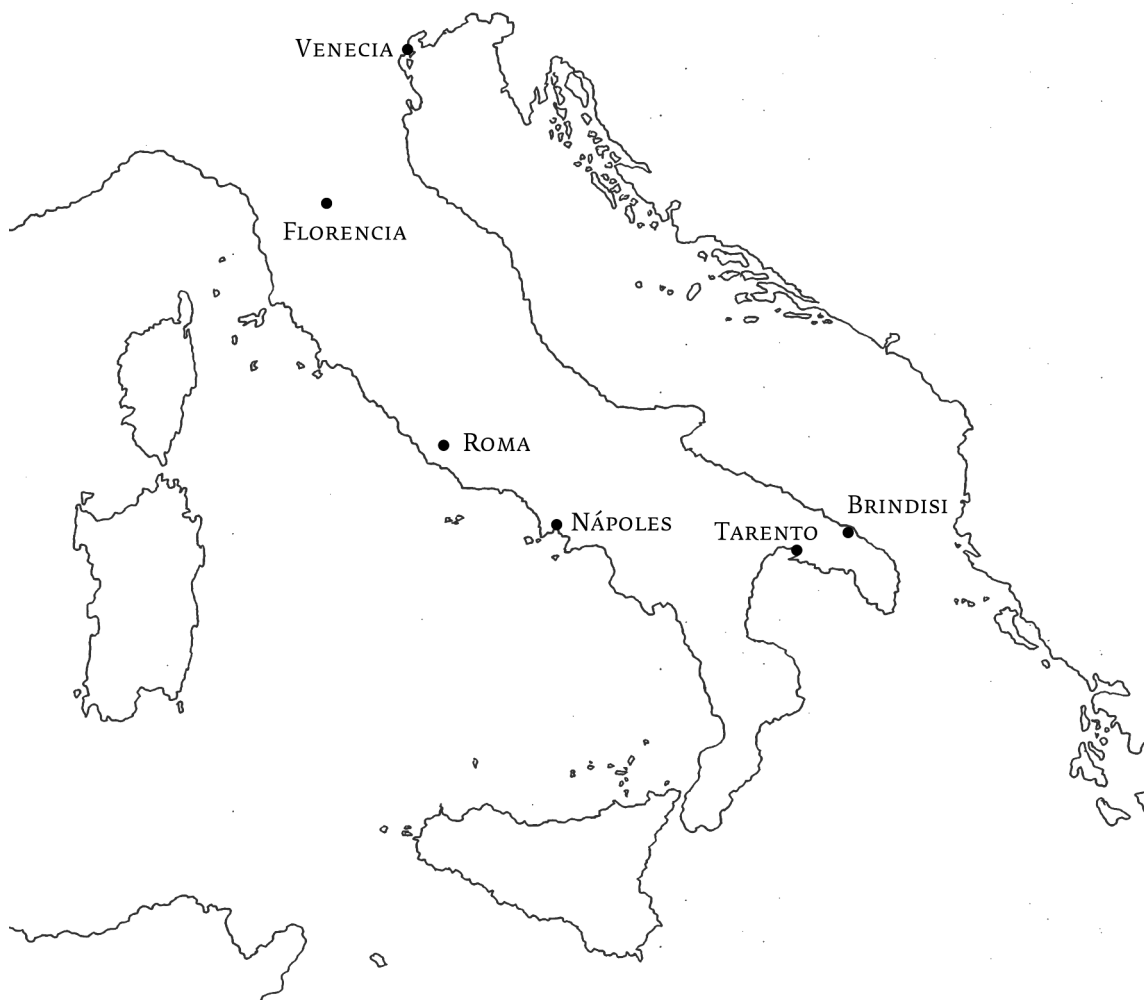
Pero mi memoria aún es clara para recordar muchos de esos hechos, antes de que los detalles se pierdan en el tiempo. Porque, aunque sus nombres se borren, tengo la certeza de que la gesta que realizaron nunca se olvidará, por miles de años que pasen, mientras la Tierra siga siendo redonda.

Mi nombre es Antonio Pigafetta, y soy uno de los dieciocho afortunados que terminó con éxito aquella imposible travesía.

Nosotros, y nadie antes, vimos salir el Sol por el Poniente. Descubrimos el paso para llegar al Mar del Sur y cruzamos un océano tan gigantesco que durante meses no vislumbramos tierra firme.

Nosotros, y nadie antes, atravesamos toda la tierra y la rodeamos. Vimos plantas desconocidas y animales maravillosos. Con nuestras naves, cargadas de preciosas riquezas, hicimos de España un reino más grande y del mundo un lugar más pequeño.

Sólo nosotros, y nadie antes...



I

El mar, el mar...

Repito esta palabra porque yo vi el mar por vez primera en dos ocasiones. Una de ellas fue en Venecia, con los ojos, y la segunda cuando rogué a Dios con toda mi alma para que se acabara aquella enorme extensión de agua que rodeaba las naves, a punto de morir de hambre y sed, abandonados a nuestra suerte en mitad del Mar del Sur.

Toda mi vida siempre ha estado, directa o indirectamente, ligada al mar. Mi padre, un gentilhombre de la muy noble y leal ciudad de Vicenza, desempeñaba un alto cargo para la Serenísima República. Fue él quien hizo que viera por primera vez el mar con los ojos. Nunca olvidaré aquel día. Ni en mis más febriles fantasías habría podido imaginar que existiera una ciudad edificada sobre el agua y sin embargo allí estaba: ¡Venecia! A su puerto, poblado por infinidad de naves de todos los tamaños, llegaban mercancías de Oriente, de Persia, de la India, de China y de lugares que quizá ni tendrían un nombre en cristiano. Productos lejanos y maravillosos que hacían de nuestra ciudad la más rica de todas las de la Tierra. Entre los marineros corrían historias de nuevas rutas descubiertas, no

hacía mucho, por un marino genovés al servicio de los reyes de las Españas.

Aquella mañana de primavera la urbe aparecía gigante, sobre todo para un tembloroso niño que, de la mano del criado que atendía todos los deseos de mi padre, avanzaba varios pasos detrás de éste. Lo primero que hacía Giovanni Antonino Pigafetta siempre que tenía importantes negocios en la capital era visitar la Basílica de San Marcos y, en aquella ocasión, no fue diferente. La plaza principal de la ciudad estaba atestada de mercaderes y algunos grupos de curiosos observaban cómo varios sacerdotes portando cirios procesionaban la reliquia de la Vera Cruz bajo un palio de seda carmesí. Mi padre, después de unos momentos de debido respeto y tras santiguarse tres veces, se dirigió hacia el gran templo en cuya fachada lucía orgullosa la quadriga de bronce que llegó a la ciudad como botín de guerra tras el vergonzoso saqueo de Constantinopla durante la cuarta cruzada. Al franquear la entrada de la iglesia me quedé maravillado; pensaba incluso que había atravesado las puertas del Paraíso. Una resplandeciente luz dorada iluminaba las cúpulas revestidas de mosaicos de vistosos colores y docenas de santos y ángeles me miraban desde lo más alto. Allí, postrado ante el cuerpo del santo que dos mercaderes habían robado hacía siglos en Alejandría y ocultado entre carne de cerdo con la intención de no ser descubiertos por los guardias musulmanes, mi padre rogaba para que los negocios que se traía entre manos tuvieran éxito. Yo, por mi parte, me entretenía en contar las plumas de las alas de los serafines, disfrutando entonces de una vista de la que, por desgracia, carezco hoy en día.

Cuando todas las plegarias de mi padre fueron pronunciadas, salimos de nuevo a la plaza. La procesión había concluido;

con menos gentío y alboroto a nuestro alrededor, pude percatarme de varios detalles de los que antes no había sido consciente. Algunos operarios estaban retirando unas telas que cubrían piedras y ladrillos, y los andamios de madera que ocultaban varias fachadas se hicieron entonces más evidentes. Los albañiles y picapedreros reanudaron su trabajo y lo que poco antes era música de trompetas y tambores se convirtió en martillazos y gritos de los capataces. Media plaza se encontraba en obras: la nueva sacristía, la torre del reloj y la restauración del *campanile*, cuya cúspide había sido destruida por un rayo hacía años, ocuparon mi atención. Solo unos instantes pude contemplar aquellas faenas, ya que un tirón de la mano por parte del criado que me cuidaba me sacó de mi ensimismamiento.

No podíamos retrasarnos. Mi padre tenía audiencia nada más y nada menos que con el Secretario personal del Gran Dux Agostino Barbarigo, la persona más importante de toda la ciudad. Algunos todavía recordaban la mala relación que el Dux había tenido con su hermano y predecesor en el cargo, el fallecido Marco Barbarigo. La poderosa República de Venecia no terminaba de ver con buenos ojos que dos hermanos se sucedieran en el poder, algo inaudito en la Historia de nuestra ciudad y que podría parecerse sospechosamente a una monarquía hereditaria. Menos aún cuando el pretencioso Dux escandalizó a todos al insistir en que los visitantes se arrodillaran y besaran su mano en señal de respeto. Ciertamente el Gran Dux había conseguido logros brillantes: se había apoderado de Chipre varios años antes, pero en aquellos momentos era vital consolidar las posiciones en tierra firme y defenderse del creciente expansionismo del rey Carlos VIII. El francés,

además de disputar el trono de Nápoles con el rey Fernando de Aragón, abuelo de quien más tarde sería mi señor, no abandonaba sus intereses en el Norte de Italia. En aquellos momentos, todo el mundo trataba de defenderse de Francia.

Con mi mente esforzándose en aclarar esa tupida maraña de nombres y datos que no comprendía por completo, atravesamos las puertas del palacio ducal y llegamos al gran patio interior. Un sirviente del secretario estaba esperando a los pies de la escalera que conducía a los apartamentos principales. Allí mi padre se despidió y me dejó por entero a cargo de nuestro criado. El joven estuvo pendiente de que no realizara travesuras pero, al cabo de un buen rato, el sueño comenzó a vencerle y aprovechó para dar una discreta cabezada apoyado en la pared de una de las esquinas. En cuanto me vi libre de la vigilancia del lacayo, me aventuré a pasear por el patio. El palacio había sufrido un incendio y el fuego había destruido parte de la fachada y las habitaciones ducales. Además de las labores de restauración, el antiguo Dux había encargado una escalera monumental, que ahora estaba a punto de ser terminada por orden de su hermano: cuatro arcos triunfales en la base y otro triple en lo alto de la escalinata, sobre una celda especialmente diseñada para prisioneros, simbolizaban a la siempre victoriosa Venecia. Cualquier dignatario extranjero de cierta importancia sería recibido por el Dux en el extremo superior de la escalera, subrayando así su magnificencia. Lo que más me llamó la atención de la obra fueron los mármoles de diversos colores en los que abundaban motivos marinos, cestas de frutas, cornucopias y trofeos, dando a entender que nuestra República era invencible tanto en la tierra como en el mar.

Vanidad de vanidades. Tristemente, los turcos se encargarían en pocos años de demostrarnos que aquello no era cierto. Por aquel entonces, yo aún era joven para saber que había algo más importante que el oro o la fama, y no era otra cosa que la caprichosa rueda de la Fortuna. Con mis diminutos dedos, acaricié los relieves dorados que tanto me fascinaron, el tiempo justo de girar la cabeza y darme cuenta de que mi cuidador se estaba despertando. Regresé rápidamente a su lado y, al poco tiempo, mi padre bajó aquellas impresionantes escaleras con un rostro tan feliz que no podía disimular que había conseguido un excelente negocio. Esa fue mi primera visita a Venecia, ciudad a la que regresaría en infinidad de ocasiones, pero que nunca volvería a causarme la impresión que sentí en aquella mañana de primavera de 1497.

En los años siguientes, previos a mi mocedad, mi padre se empeñó en enseñarme el oficio de los negocios que yo debería continuar cuando él faltara. Pero, aunque hacía todo lo posible por esmerarme, aquellas transacciones comerciales y los números de las cuentas de deudas e ingresos no llamaban mi atención. Me sentía mucho más atraído hacia disciplinas elevadas como la Astronomía, la Geografía o la Aritmética. Mi pobre padre, que espero se encuentre en compañía del Altísimo, desesperaba al ver que su hijo y heredero no prestaba atención a los negocios familiares y se distraía con libros que él consideraba inútiles. Más de una vez perdió la paciencia y me propinó algún pescozón cuando me sorprendía en la terraza de la casa observando las estrellas, tratando de reconocer y nombrar las diferentes constelaciones del firmamento. Aún hoy, continúo sintiendo con pesar el haberlo defraudado durante mi primera juventud, pero el destino me

tenía reservado un futuro más brillante, aunque a la vez también más penoso. Finalmente un día, mi padre se rindió a la evidencia de que nunca sería un próspero mercader como él y decidió enviarme al mejor lugar del mundo donde podría instruirme en los elevados conocimientos que yo tanto anhelaba. Ese lugar era la antigua capital de la civilización: Roma.

Llegué a la ciudad eterna cargado de ilusiones y deseoso de disfrutar el nuevo soplo de libertad que se me presentaba, una vez había abandonado para siempre las fastidiosas disciplinas del comercio. ¡Qué equivocado estaba! Pronto descubrí que no era libertad, sino libertinaje lo que se respiraba en aquel fétido y hediondo aire de una urbe que, como el antiguo dios Jano, tenía dos caras que mostrar a cualquier incauto que cayera en sus garras. Una Roma decadente llena de mentiras, odios y confabulaciones. De día, la púrpura de los cardenales y el olor a pan recién hecho se extendían por las siete colinas. Los nobles se afanaban en revestir las fachadas de sus residencias de blancos mármoles y los peregrinos llegaban a millares para expiar sus pecados ante la tumba de San Pedro o cualquiera de las innumerables reliquias que inundaban la ciudad. De noche eran ramera pintarrajeadas, asesinos y ladrones quienes se hacían los amos de la oscuridad y se apoderaban de unas calles muy diferentes a las que, siglos atrás, habían pisado vestales y magistrados, personajes que ya casi nadie recordaba.

Mi padre había encontrado una pequeña vivienda, poco más que un cubículo, en una planta alta, no lejos de la iglesia de Santa María sopra Minerva, en el centro de la ciudad. Mi habitación, de muy escasas dimensiones, tenía el espacio

suficiente para colocar la cama, el arca donde guardaba mis pertenencias, que hacía las veces de asiento y una diminuta mesa en la que tan solo cabían un candelabro y un libro abierto. Pero tampoco necesitaba más. A cambio de habitar en ese ínfimo espacio, gozaba de una luz que hacía que, en los días de fiesta, mis lecturas y estudios fueran aún más gratificantes. En contrapartida, tenía que soportar la proximidad de mi casera, que vivía en la planta baja. Era una vieja bruja romana que nada hubiera envidiado en arrugas a la sibila de Cumas y quien, por orden de mi padre, controlaba todos mis movimientos. Limpiaba la habitación una vez por semana, aunque lo peor de todo era su comida, ya que la miserable arpía ahorraba al máximo el estipendio que recibía para mi manutención, adquiriendo las carnes y verduras más nauseabundas de la ciudad. ¡Quién me iba a decir en esos momentos que, años más tarde, habría matado por una simple cucharada de su asquerosa bazofia! Pronto aprendí la importancia que mi casera otorgaba al dinero, lo que hizo fácil comprarla para que no informara a mi padre, en alguna ocasión en que llegué a casa más tarde de lo que la prudencia y la decencia aconsejaban.

Aquellos primeros meses fueron tranquilos. Mi rutina se debatía entre las clases en la Universidad, los estudios y un par de escapadas juveniles que no llegaron a alejarme de mi principal objetivo: el conocimiento. Todos los días, para acudir a mis lecciones, pasaba por delante de la espléndida fachada de la iglesia de Santa María de los Mártires, que en otro tiempo había sido un templo pagano mandado construir por el general Agripa. Pero poco quedaba ya de la grandeza de la Roma imperial, una sombra que tan solo podía vislumbrarse

en los escritos de los historiadores latinos. El foro y los templos estaban destruidos. Las escasas ruinas conservadas aumentaban aún más ese sentimiento de decadencia del que la ciudad era incapaz de sacudirse. Tan solo el anfiteatro del Coliseo resistía a duras penas el envite del tiempo, santificado por la creencia de que, en su arena, infinidad de mártires cristianos habían vertido su sangre. Por entonces en Roma, los Papas eran los nuevos emperadores. Todo el oro y el lujo se dirigían hacia el Vaticano y las impresionantes obras de la nueva basílica de San Pedro, destinada a convertirse en la iglesia más grande de la Cristiandad. Para atender a mis obligaciones escolares, tenía que atravesar parte de aquella ciudad a medio derrumbar. No faltaría a la humildad si dijera que, con mucho, era el más aventajado de mis compañeros. El gran interés que manifestaba en aprender fue rápidamente apreciado por mis profesores. Ello, unido a varias cartas de recomendación que mi padre consiguió de algunos de sus amigos y conocidos, facilitaron que pronto medrara en aquella difícil sociedad de bandos y camarillas.

Con el calor y la llegada del verano, mi vida giró de manera radical. Como en muchos de los grandes cambios que se han producido en mi vida, surgió de manera casual. Una mañana que me desperté tarde, después de una correría juvenil, la casera se presentó en mi cuarto exigiéndome más dinero de la cuenta por no informar a mi padre de mis excesos nocturnos. La vieja bruja había aprendido pronto cómo conseguir más plata y aquello fue la gota que colmó el vaso de mi ya exigua paciencia. Estaba demasiado harto de soportar los potingues con los que me sustentaba como para además aguantar sus viles chantajes. Cerré de un portazo, escribí una

carta a mi padre informándole que me mudaba y empaqué todas mis cosas dispuesto a buscar un lugar mejor donde dar con mis jóvenes, aunque cansados huesos. Encontré una vivienda algo más espaciosa a un precio moderado en el poco recomendable barrio del Trastevere. Ya no tenía quién vigilara mis pasos, así que debo reconocer que comencé a interesarme más por la noche romana, que en los primeros meses había llamado poco mi atención. Cuando se tienen suficientes monedas en la bolsa y, con los ojos abiertos, se pone especial cuidado en no mostrarla en demasía, la oscuridad no se convierte en enemiga, sino en cómplice. Pronto comencé a conocer a jóvenes con los que, de día, podía discutir sobre Platón o Tito Livio, y sobre cuáles eran las mejores tabernas y dónde se podía gozar de las más bellas compañías, de noche. Infinidad eran las banderías de grupos juveniles, las más de las veces enfrentadas entre sí, pero ninguna tan famosa como la que capitaneaba una de las personalidades más atrayentes de toda la ciudad y a quien pronto conocería. Se trataba de uno de los mejores pintores que jamás hayan existido. Su nombre era Rafael Sanzio de Urbino.

Rafael era el paradigma de la verdadera Roma. Por la mañana pintaba pulcras *Madonnas* o decoraba las estancias papales, derrochando una religiosidad que tocaba el alma de cualquiera que las contemplara. Al oscurecer, embaucaba a tiernas doncellas con sus exquisitas maneras o perseguía mujeres de dudosa reputación por las tabernas, como un sileno ebrio tras las ninfas del monte Parnaso. En toda la ciudad, cualquier joven habría dado lo que poseía por pertenecer al grupo de afortunados que conocían las andanzas de Rafael y, por azares del destino, yo me convertí en uno de aquellos

privilegiados. Fue Pietro, uno de mis nuevos camaradas, quien me introdujo en el selecto círculo de Rafael.

Todo comenzó una calurosa tarde de verano en la que, como si Nerón hubiese querido de nuevo alumbrar los cielos en honor a Júpiter Capitolino, Roma parecía arder. Mi más reciente amigo me invitó a unirme a otro grupo de desocupados que no tenían nada que hacer y quienes, para protegerse de las altas temperaturas, habían decidido cobijarse en unas grutas entre las colinas del Palatino y el Esquilino. Nos provisionamos de una buena cantidad de velas y lámparas y nos adentramos en la negra oscuridad de una cueva de la que, hasta hacía pocos años, nadie tenía conocimiento de que existiera. Las diminutas llamas nos ayudaron a atravesar varios corredores hasta que llegamos a una sala magníficamente decorada. Los que entrábamos por vez primera quedamos maravillados y, creo que del mismo modo, los que ya habían penetrado en aquellas cavidades en más de una ocasión. A nuestro alrededor, cubriendo por completo muros y bóvedas, centelleaban pinturas doradas como jamás había visto; una mezcla de plantas, animales y seres fantásticos, todos ellos entrelazados de un modo difícil de desentrañar y, sin embargo, de una belleza y pureza absolutas. Alguien, ahora no recuerdo su nombre, comentó que quizá se tratase del majestuoso palacio de Nerón del que hablaban las crónicas. No lo sabíamos con seguridad. Pero sí teníamos la certeza de que aquellas pinturas eran un tesoro desconcertante. De pronto, una tenue luz atrajo nuestra atención. Allí, junto a una esquina y alumbrado por un sirviente, se adivinaba la figura de un hombre. Mi amigo Pietro lo reconoció de inmediato y, cuando pronunció su nombre, al resto del grupo se nos

escapó un leve suspiro de asombro que resonó en aquella silenciosa sala: ¡Rafael!

En toda Roma, el gran Rafael era uno de los pintores más famosos y, por su particular vida, el más admirado entre los jóvenes. El maestro estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el muro y un cuaderno de dibujo en su regazo. Trazaba rápidos esbozos de las pinturas que nos rodeaban y que, como supe más tarde, repitió en algunas de sus decoraciones de las estancias vaticanas. Pietro se acercó para saludarlo, pero él no se dio cuenta hasta que casi lo tuvo encima y mi amigo le tocó el hombro. Rápidamente se puso en pie y se dieron un fuerte abrazo, como si se conocieran de toda la vida. Enseguida, mi amigo nos presentó al gran maestro a los que aún no lo conocíamos y, después de unos momentos de exquisita amabilidad, continuó con sus dibujos en aquella oscuridad tenebrosa mientras los demás mortales regresábamos al insostenible calor de Roma. Estoy seguro de que él no se percató de mi presencia ni me recordaría en las siguientes veces que coincidimos pero, para mí, aquel encuentro en un lugar tan maravilloso se convirtió en algo inolvidable. Me había extrañado sobremanera la familiaridad de mi amigo con tan distinguido personaje y, esa misma noche, gracias a varios comentarios pronunciados por la soltura de la lengua que provoca el vino, descubrí que el maestro mantenía una relación no muy secreta con la hermana de Pietro, la joven Margarita, a la que todos conocían como la Fornarina.

El resto de aquel verano lo pasé de correrías y andanzas con mis nuevos compañeros, explorando otras ruinas de la ciudad. Poco antes de comenzar el otoño, los contactos de mi padre hicieron su efecto y entré a formar parte del servicio

de monseñor Francesco Chiericati, alto cargo de la jerarquía eclesiástica romana. Los conocimientos adquiridos en la Universidad y la rapidez con la que aprendía las difíciles materias sorprendieron y agradaron a mi nuevo señor, quien continuó apoyando mis estudios. Me enseñó a masticar con la boca cerrada, a callar con los oídos abiertos y a hablar con muchas lenguas². Además, insistió en que aprendiera francés ya que, como él decía, «era conveniente conocer la lengua del posible enemigo». Tan satisfecho parecía con mis progresos que, al mes de entrar a su servicio, ya me había nombrado su asistente personal. Ese nuevo cargo de confianza me permitió contemplar la maravilla más grande que mano humana haya realizado jamás. En aquellos momentos, en Roma solo había una persona que pudiera igualar a Rafael en su arte, y no era otra que el mismísimo Miguel Ángel.

Se decía que el maestro llevaba años decorando la bóveda de la Capilla Sixtina en el más absoluto secreto, ya que no permitía que nadie entrara en ella. En cualquier plaza, mercado o mentidero de la ciudad no se hablaba de otra cosa. Incluso Pietro, una noche en la que se encontraba aún más locuaz que de costumbre, nos confesó un secreto en voz baja, que nos hizo jurar no repetiríamos a nadie. Su hermana, entre unos de los muchos chismes de alcoba, le había contado que Rafael, acompañado de Bramante, tan pícaro o más que él, habían sobornado a uno de los vigilantes aprovechando una ausencia de Miguel Ángel, y lograron entrar en la capilla. Al parecer, habían quedado maravillados al presenciar la ínfima parte de la obra que pudieron observar destapada. Los comentarios de que Miguel Ángel estaba realizando algo sin par,

² GIBBERT HAEFS: *Troya*.

unido al secretismo, hicieron que fuera el tema más repetido en las conversaciones durante meses. Toda Roma hervía en deseos de conocer qué nuevo portento habría compuesto el maestro. Nadie entre mis compañeros imaginaba en aquellos momentos que, en pocos días, yo iba a ser uno de los escasos privilegiados que pudieran contemplar aquella proeza de la pintura.

El día de Todos los Santos de 1512, con la mayor pompa y boato posibles, se inauguró la nueva decoración de la Capilla Sixtina. Mi señor estaba invitado a tamaño evento y yo, como su asistente personal, era la sombra que lo seguía a todas partes. La misa a la que acudí fue una de las más extrañas en las que haya participado. Pocos asistentes estaban pendientes de lo que decía el oficiante, que en más de una ocasión tuvo que alzar la voz para llamar la atención sobre las palabras que pronunciaba. En las paredes se encontraban obras de los más grandes maestros: Perugino, Botticelli, Ghirlandaio o Pinturicchio, algunos ya fallecidos. Pero nadie observaba esas obras. Todos los ojos volaban hacia la espléndida bóveda llena de unos colores pocas veces utilizados antes. Incluso el Papa, Julio II, estaba más interesado en mirar hacia arriba que en escuchar unas palabras que sabía de memoria. En lo más alto se encontraba la historia de la Creación del hombre, rodeada de profetas y sibilas, con un Dios Padre como jamás se había visto: grandioso y cercano a la vez, terrible y al mismo tiempo asombrosamente humano. Cuando finalizó la misa, vi que muchas de las altas autoridades, entre ellas mi señor, se acercaban a saludar a un hombre encorvado, de cara ancha y nariz torcida, a quien felicitaban. Mi estupor fue enorme cuando comprendí que se trataba del propio Miguel Ángel. Me sorprendió

que alguien tan corriente e incluso poco agraciado, hubiera realizado algo tan bello y sentí que su corazón debía de sufrir al reconocer que él mismo nunca llegaría a alcanzar la belleza que recreaban sus manos y que tan bien comprendía.

Durante varios meses, en Roma no se habló de otra cosa que de la Capilla Sixtina y yo me convertí en el centro de interés de mi grupo de amigos, ya que era el único en haber podido contemplarla. En todas las reuniones me pedían que describiera lo que mis ojos habían visto y, debo reconocerlo, llegó un momento en que mis frases, palabra por palabra, se repitieron en las docenas de tabernas y tenderetes del Trastevere. Mas no todo iban a ser alegrías en aquella ciudad tantas veces castigada por el pecado. Antes de que concluyera el invierno, la salud del Papa Julio II terminó de quebrarse y la voluntad del Altísimo quiso que se reuniera para siempre con él. Desde ese momento, Roma dejó de ser una ciudad santa y se convirtió en una lonja de mercaderes, cambistas y negociantes. Lo que se compraba y vendía no eran joyas o especias, sino las salvaciones de millones de almas cristianas. Si ya me había repugnado la hipocresía que se respiraba en la ciudad, la sucesión del Pontífice agravó aún más ese malestar. Pero claro, yo no me podía permitir el lujo de que esos sentimientos de rechazo se vislumbraran en mi rostro, sobre todo cuando quería agrandar e impresionar a mi nuevo señor. Por lo tanto, me vi obligado a formar parte de una de tantas piezas más de aquella endiablada maquinaria.

Desde el mismo momento del fallecimiento del Papa, se desató en la ciudad una guerra sorda y cruel y, sin embargo, carente de sangre. Aún no se había enfriado el cadáver de Julio II cuando se empezaron a señalar las distintas camarillas para

ver quién le sucedería en el sillón de San Pedro. Como desde hacía décadas, las grandes facciones se dividieron entre los partidarios de Francia y los de España, las dos potencias que dilucidaban su supremacía. Desde las victorias del Gran Capitán, España controlaba el Sur de Italia y era fiel aliada de la Santa Sede. Pero, tras la derrota española en la batalla de Rávena hacía casi un año, parecía que Francia podría recuperar su no tan lejana hegemonía. Cualquier cosa era posible, por lo que la prudencia aconsejaba bailar entre dos aguas, algo en lo que mi señor era un experto. De repente, se acabaron mis juergas nocturnas y mis correrías juveniles. De la noche a la mañana me vi inmerso en un maremágnum de papeles, cartas y nombres de cardenales, tanto afines como contrarios a nuestra política. Me trasladé al palacio de mi señor y cada día, al rayar el alba, salíamos a recorrer villas y casas nobles para entrevistarnos con la más rancia y pomposa aristocracia romana. Mi señor no era abiertamente pro español, pero sí tenía claro que debía evitarse a toda costa el nombramiento de un Papa cercano a Francia. Mi trabajo consistía en llevar una lista de las personalidades más influyentes y la contabilidad de los sobornos que habían recibido para, en el momento del cónclave, recuperar dichos favores.

Fue por aquel entonces cuando aprendí un truco que, años más tarde, me salvaría la vida. Muy hábilmente, monseñor Chiericati me había dado dos cuadernos para mis anotaciones. En uno debía escribir con minuciosidad todos los datos de las conversaciones mantenidas durante el día mientras que en el otro, mucho más pequeño, tan solo debía escribir si dicha persona estaba en nuestro bando y, en el caso de que no lo estuviera, apuntar cuánto oro costaría hacerle mudar

de parecer. Era de vital importancia que nadie supiera de dichas negociaciones, para evitar que el bando francés superara los sobornos de esas personalidades. Para ello, y con una gran precaución, mi señor me enseñó cómo preparar una tinta especial, a base de jugo de limón, que permanecía invisible hasta que no se calentara la hoja en la que había sido escrito el mensaje secreto. A simple vista de cualquier mortal no versado en la materia, aquel pequeño cuaderno estaba en blanco y, sin embargo, contenía una información que podría zarandear la mismísima elección del siguiente Papa. No solo era importante el principal pastor de la Iglesia; cualquier cargo religioso estaba a disposición del mejor postor y el pecado de simonía parecía haber sido borrado del vocabulario de los romanos. Ahora, tiempo después y sin tener que medir mis palabras ante la vigilancia de mi señor, debo reconocer que no me extrañó cuando poco más tarde, un monje alemán llamado Martín Lutero protestó por la compraventa de indulgencias y la corrupción que ahogaba a la Iglesia Romana. En los últimos años sus escritos inundan media Europa y solo Dios sabe hasta dónde podrán llevarnos dichas confrontaciones.

Finalmente, llegó el gran día. El trono pontificio no estuvo vacío ni veinte días, pero cada uno de ellos fue trepidante y agotador. El 11 de marzo de 1513 se eligió como sucesor de Julio II a un Papa italiano: Giovanni de Médici, hijo del gran Lorenzo el Magnífico. Como era de esperar, el sumo Pontífice nombró nuevos cargos, premiando a todos los que lo habían ayudado, entre ellos mi señor, pero no fue el único. Con cierta sorpresa y reticencia de algunos, eligió a Rafael como persona de confianza y lo nombró su mayordomo, algo que no hizo que variara en absoluto su vida y rutina nocturnas. En cambio la

mía, desde ese momento, cambió de nuevo enormemente. Monseñor Chiericati fue elegido delegado apostólico, un cargo muy similar al de embajador de la Santa Sede. Su labor consistiría en viajar allá donde fuera necesario y, por supuesto, yo lo seguiría como su fiel sombra. Rápidamente empaqué mis escasas pertenencias y me despedí de mis amigos y de una Roma que retendría entre sus puentes y callejas mis años de juventud, y donde perdí para siempre el irrecuperable sentimiento de la inocencia.

II

Aunque al principio me costara reconocerlo, abandonar Roma fue lo mejor que me pudo ocurrir en aquel momento. Una vez León X ocupó el trono de San Pedro, mi señor se convirtió en una pieza fundamental de la política vaticana, ya que gozaba de la confianza obtenida por la ayuda prestada en los días previos a su elección como Papa. Era de vital importancia mantener a los antiguos aliados y, aún más, sellar nuevos pactos entre Roma y las repúblicas italianas no demasiado afines al modo de pensar del nuevo pontífice. De ese modo, mi señor y yo, acompañados de una pequeña delegación, visitamos diversas ciudades como Siena, Milán, Génova o mi añorada Venecia. En todas ellas nos recibieron con exquisito trato, ya que representábamos al mismísimo Papa, pero algunas veían con ojos reticentes las estrategias vaticanas y se mantenían a la espera de que nuevos acontecimientos les señalaran qué rumbo tomar. Conocí a cardenales, príncipes y señores, en los que rara vez era prudente confiar en demasía. Así, viajando por el Norte de la península, transcurrieron varios meses mientras yo continuaba aprendiendo los secretos y argucias propias de la política de salón.

Pocas semanas antes de comenzar el otoño, se nos encomendó una misión sumamente secreta, ya que afectaba de lleno a la familia del Papa. Para ello, debíamos desplazarnos a Florencia, señorío de los Médici. Monseñor Chiericati había recibido el encargo, por orden expresa de León X, de aportar pruebas concluyentes para la concesión del cardenalato a su primo Julio. Los Médici habían ostentado el poder durante décadas, desde la llegada de Cosme el Viejo y después su hijo Pedro el Gotoso y el hijo de éste, Lorenzo el Magnífico, padre de nuestro Papa. El expansionismo francés de Carlos VIII había dado al traste con esta política dinástica y, ante la imposibilidad de detener al invasor en su paso hacia Roma y Nápoles, estalló una revuelta. Los Médici huyeron y las autoridades aprovecharon la coyuntura para instaurar la añorada República. Tan solo el año anterior habían regresado a la ciudad y recuperado el control, por lo que les era fundamental afianzar su recién adquirido poder. De hecho, uno de los primeros actos de León X tras ser nombrado Papa, fue otorgar a su querido primo el arzobispado de Florencia. Pero aún restaba por solventar un escollo peliagudo que debería tratarse con gran tacto. Esa era nuestra misión y, para cumplirla, yo portaba en mi poder información de gran valor que solo mostraría en el momento oportuno. Mi señor estaba seguro de que en Florencia, ciudad natal de León X, seríamos recibidos con gran devoción. El astuto clérigo no estaba alejado de la verdad.

Llegamos a la capital de la Toscana a inicios del mes de septiembre y, a diferencia de Génova o Milán, donde tuvimos escuetas recepciones, disfrutamos de una acogida similar a la de un rey. Las principales autoridades de la ciudad, encabe-

zadas por el arzobispo, nos ofrecieron una gran cena. Vestidos con las mejores galas, atravesamos las escasas calles que separaban nuestra residencia temporal, cerca del Ponte Vecchio, de la Plaza della Signoria. Allí, al pie del edificio comunal, contemplé la bellísima escultura de David, realizada por el insuperable Miguel Ángel. En esos momentos, la premura no me permitió disfrutar de la obra todo lo que hubiera deseado, aunque regresaría durante mi estancia para regocijarme en su hermosura varias veces más, siempre que tuve algún momento de descanso, que fueron pocos. La enorme escultura de mármol se alzaba orgullosa frente al palacio, pero noté que mi señor hizo un gesto de desaprobación cuando se percató de mi ensimismamiento. Como sabía que monseñor Chiericati no era hombre de miradas vacuas, proseguí enseguida mi camino sabedor de que, más tarde, me detallaría el motivo de aquella extraña conducta. En el salón de los Quinientos, el más importante del Palazzo della Signoria, miembros de las principales familias de la ciudad, como los Tornabuoni, los Rucellai o los Gherardini, se deshicieron en alabanzas hacia mi señor y, por ende, al Papa.

De todas las personalidades que conocí aquella noche, Julio de Médici, objeto principal de nuestra misión, me resultó la más fascinante. Su carácter, muy temperamental, parecía más inclinado a las armas y al ejército que a la vida sacerdotal. A pesar de pertenecer a la familia más importante de la ciudad, era hijo natural de Giuliano, hermano de Lorenzo el Magnífico, asesinado en la conjura de los Pazzi. Tras aquella tragedia, tanto su tío como sus primos, entre los que se encontraba León X, le ofrecieron su total protección y apoyo, pero el problema de su origen ilegítimo dificultaba su elección como

cardenal. Precisamente nosotros portábamos documentos confiados por el Papa que deberían resolver dicha cuestión cuando, en pocos días, se reuniera el consejo. Aunque intentaba disimularlo, el arzobispo ardía en deseos de hablar en privado con mi señor. Tras la cena, en uno de los fugaces momentos en que los músicos distrajeron con deleite nuestros sentidos, aprovechó para alejarse unos pocos pasos y conversar con él. A su regreso con el resto de invitados, la serenidad que se adivinaba en el rostro de Julio de Médici dejaba claro que las noticias que le llegaban desde Roma eran más que halagüeñas.

Esa misma noche, antes de dormir, monseñor Chiericati, con quien ya compartía una relativa confianza, me explicó el motivo de su escueta regañina cuando me quedé embozado mirando la estatua de David. Al parecer, había sido encargada durante el breve periodo de la república para simbolizar la victoria sobre la tiranía y, de manera simbólica, sobre los Médici, expulsados pocos años antes de la ciudad. Al margen de su belleza, la estatua recordaba los bandos enfrentados, a favor y en contra de la noble familia. Incluso en su traslado desde el taller, fue apedreada por seguidores acérrimos de los Médici, al considerar que simbolizaba la oposición de la República florentina a la política de los Estados Pontificios. Algunos también decían que, cuando se colocó, se hizo de modo que su rostro desafiante mirara hacia Roma, donde la familia se había refugiado amparada por Alejandro VI, en clara advertencia de que no debían regresar. En aquellos momentos, cuando los Médici llevaban poco más de un año de nuevo en el poder, el hecho de que la escultura de David continuara frente a la puerta de ingreso de Palazzo della Signoria

aún generaba tensiones. Mi señor oyó decir que el año anterior había caído un rayo sobre la estatua y que, mientras unos veían ese prodigio como una advertencia divina para que no se la tocara, otros creían que era un mensaje de los Cielos para acabar con el último símbolo de la república. Me quedé horrorizado al pensar que algunos bárbaros hubieran siquiera considerado destruir aquella maravilla, aunque tuviese un significado oculto. Yo, que había visto a Miguel Ángel en Roma, comprendí que en ese bloque de mármol había esculpido sus ideales de libertad, pero no solamente política. El hombre encorvado que conocí, de cara ancha y nariz torcida, había representado una belleza y una perfección físicas tan ansiosamente anheladas por él y que, era sabedor de ello, nunca alcanzaría.

Los siguientes días, previos a la reunión del consejo, transcurrieron entre cartas, documentos y legajos que deberían estar absolutamente preparados por si surgía algún imprevisto. El más mínimo detalle tenía que resultar perfecto y, para ello, contábamos con informaciones precisas que venían de Roma. En los pocos momentos que pude disfrutar de un breve descanso, paseé por la ciudad e intenté empapar me todo lo que pude de su esencia. Aparte de la estatua de David, que veía a diario aunque solo fuera unos instantes, visité, entre otras cosas, el baptisterio. No me extrañó que al ver sus puertas doradas, se dijera que eran las mismas del Paraíso, porque verdaderamente parecía que iban a dar paso a la Gloria eterna. Justo enfrente se encontraba la Catedral, con la fachada aún por terminar, y el esbelto *campanile* en uno de sus lados. Pero lo que más me sorprendió de aquella visita fue la enorme cúpula de color anaranjado que cubría el edificio,

cuya sombra hubiera podido tapar toda la Toscana. Nunca pregunté, ni nadie supo decirme, si Brunelleschi había visitado Roma, pero estoy seguro de que así fue. Seguramente pisó más de una vez el antiguo templo de Agripa, muy cercano a mi antigua casa, cuya estructura tanto me recordaba a esta otra. Rodeé por completo la Catedral para admirar tamaña obra y franqué sus puertas hacia el interior. Aunque no fuera necesario para el consejo que se celebraría en pocos días, quería ver el lugar exacto donde había muerto el padre del arzobispo Julio, el malogrado Giuliano, durante la conjura de los Pazzi.

Pasados ya muchos años, todo el mundo sabía que, por graves desavenencias económicas y políticas, las familias Pazzi y Salviati habían planeado acabar con la vida de Lorenzo y de su hermano Giuliano para poner fin al poder de los Médici en Florencia. Durante la misa del domingo 26 de abril de 1478, en el mismo suelo que yo estaba pisando, Giuliano era apuñalado hasta la muerte, mientras Lorenzo, padre del actual Papa, escapaba gravemente herido y se refugiaba en la sacristía. Los enfurecidos florentinos atraparon y mataron a muchos de los conspiradores, arrastrando sus cadáveres y arrojándolos al Arno o colgándolos de los muros del Palazzo della Signoria. Un problema añadido radicaba en que los Salviati eran los banqueros papales de Florencia y muchos dijeron que habían actuado en nombre de Sixto IV, enemigo declarado de los Médici. De ahí que uno de los asesinados en las revueltas fuera Francesco Salviati, arzobispo de Pisa. La reacción del Papa no se hizo esperar: como castigo, prohibió la misa y la comunión en Florencia e intentó atacar la ciudad, pero tuvo que suspender su plan al no encontrar aliados.

Ahora, casi cuarenta años después, las tornas habían cambiado. Los Médici no solo dominaban Florencia, sino también Roma, donde uno de su sangre se sentaba en el trono de San Pedro. Por lo que había visto hasta ese momento y los documentos que guardaba en mi poder, no estaban dispuestos a perder esa recién adquirida supremacía.

Y por fin, tras muchos preparativos, llegó el día de la reunión del consejo. Como no podía ser menos, éste se celebró en el Palazzo della Signoria pero, a diferencia del fastuoso salón de los Quinientos, donde habíamos cenado días antes, fuimos convocados en una de las pequeñas estancias de la planta alta. Sin duda, el arzobispo Julio no quería que aquella asamblea, congregada para resolver el espinoso asunto de su ilegitimidad, fuera del dominio público. En torno a una gran mesa de nogal y protegidos de ojos y oídos indiscretos, una docena de personalidades muy bien escogidas de la ciudad, junto con monseñor Chiericati y yo mismo, comenzamos el proceso. De hecho, gran parte del problema estaba resuelto de antemano, desde el momento mismo en que el Papa había nombrado a su primo arzobispo de la ciudad, lo que suponía una especie de dispensa. Se inició un debate sobre la relación del malogrado Giuliano y Fioretta, madre de Julio, quien aparecía en los archivos como soltera. Varios testimonios, entre ellos algunos religiosos y el tío materno del arzobispo, aseguraron que Giuliano, al conocer que esperaba un hijo, le había dado a la joven su secreto consentimiento para ser esposos, algo que no pudo llevarse a cabo a causa de su repentino asesinato. Ante el mutismo de todos los presentes, restaba el segundo punto a tratar: dilucidar la fecha de nacimiento del arzobispo. Se presentó entonces la partida de bautismo de

Julio, conservada en una de las parroquias florentinas, donde figuraba la fecha del 26 de mayo. Aquello suponía que, si Giuliano había sido asesinado por los Pazzi justo un mes antes, nunca había conocido a su hijo, ni habría podido legitimarlo. Fue entonces cuando, a una señal de mi señor, saqué del cartapacio el documento que, hasta ese momento, tan celosamente había custodiado. Como si se tratase de una reliquia, acerqué a monseñor Chiericati una hoja que, tras romper el lacre que la protegía, leyó en voz alta. En ella, se aseguraba que Julio había nacido el 6 de marzo pero que, debido a la mala salud de su madre tras el parto, el bautismo se había retrasado más de dos meses. Aquel pliego demostraba que su padre habría podido reconocerlo en vida y, por tanto, no se trataba de un hijo póstumo, lo que le hubiera hecho perder muchos de sus pretendidos derechos. Para dar consistencia al documento, la página estaba ratificada nada menos que por el sello papal de León X.

Una vez monseñor Chiericati terminó de leer, un silencio sepulcral inundó la sala. Nadie se atrevió a hablar y, mucho menos, a oponerse a sus palabras. Tan solo pude apreciar leves miradas de soslayo entre algunos de los asistentes y varias sonrisas de aprobación que me hicieron sospechar que el veredicto que se iba a pronunciar ya se conocía de antemano. Por unanimidad de la asamblea, se decidió reconocer a Julio de Médici como hijo legítimo de Giuliano, quedando así eliminado el principal escollo para que pudiera ser nombrado cardenal, algo que conseguiría en pocos días. En los escasos instantes de distracción que tuve mientras todo el mundo felicitaba al arzobispo, pude revisar el documento que había protegido y que jamás había visto. Una rápida ojeada y el

amplio conocimiento que los estudios de los últimos meses me habían proporcionado sobre papeles, me hicieron dudar de que aquella hoja, ni por su textura ni por el color de la tinta, tuviera cuarenta años. De nuevo, una fugaz mirada de mi señor me indicó que guardara enseguida el documento y mantuviera un secreto que tan solo he roto al escribir estas letras. Con vistas a que no tuviera problemas en su futura carrera eclesiástica, León X se las había ingeniado para declarar a su primo Julio hijo de legítimo matrimonio. Pocos saben, a día de hoy, la verdad de lo que ocurrió en aquella sala del Palazzo della Signoria concerniente al que, años más tarde, sería Clemente VII, el actual Papa.

Nuestra misión en Florencia se había completado con éxito por lo que, tras generosas muestras de agradecimiento por parte del arzobispo Julio, abandonamos la ciudad de los Médici con destino a Roma. Allí, el Papa recibió a mi señor con gran alegría y guardó el preciado documento que tan definitivo había resultado durante el consejo, el cual imagino debe continuar a buen recaudo en los archivos vaticanos. En los pocos días que descansamos, solo tuve tiempo de saludar brevemente a Pietro, pero no al resto de mis amigos. Los meses que había estado de viaje habían sembrado en mi interior un deseo por conocer mundo que me acompañarían desde entonces y que hacían que me sintiera incómodo si permanecía demasiado tiempo en un lugar conocido. Quería ver nuevas tierras y visitar ciudades cuyos nombres no aparecían siquiera en los mapas pero, para cumplir ese sueño, tendría que esperar todavía unos años más. Afortunadamente, mi señor recibió otra misión importante y, con presteza, partimos de Roma esta vez en dirección Sur, hacia la gran ciudad de Nápoles.

Aquel dominio, tras la guerra con Francia, llevaba pocos años perteneciendo al rey Fernando el Católico y el Sumo Pontífice tenía especial interés en conocer la situación política de la zona. No en vano, Nápoles seguía siendo feudatario del Papa y uno de los reinos más importantes de Italia. Llegamos a la capital a finales de año y fuimos acogidos por unos días en la imponente residencia de Castel Nuovo, antiguo palacio de los reyes napolitanos. Una vez hubimos descansado del viaje, don Ramón Folc de Cardona, que había sido virrey de Sicilia y ahora lo era de Nápoles, nos preparó una suntuosa recepción de bienvenida. Don Ramón había liderado las galeras aragonesas durante el asedio de Gaeta, una de las últimas campañas del Gran Capitán en la guerra contra los franceses. Pero esa noche no se habló de Gonzalo Fernández de Córdoba, de quien posteriormente conocería más detalles durante mis viajes por Nápoles. El actual virrey, como jefe de los ejércitos de la Santa Liga, había derrotado también a los galos en las batallas de Novara y La Motta, ésta última hacía poco más de dos meses. Esas victorias habían ayudado a consolidar el regreso de los Médici en Florencia, y por ello el Papa León X quería agradecer a don Ramón, de un modo especial, su participación en la guerra. En el salón más importante del castillo el virrey, junto con su esposa doña Isabel, nos ofrecieron una cena con las más exquisitas viandas que podían encontrarse en el reino.

Entre aromas que hubieran embriagado a un príncipe, media docena de criados fueron sirviendo los diferentes alimentos en bandejas de plata. Los entremeses comenzaron con un suculento trozo de pastel dorado de piñones y pasas, a los que siguieron diversos platos con pechugas de pollo, faisanes,

perdices y otras carnes asadas. En el centro de la mesa una fuente, de la que manaba un pequeño surtidor, proporcionaba agua de azahar para lavarse las manos y, en su cúspide, un diminuto quemador en forma de pirámide de plata, donde se colocaban esencias olorosas, otorgaba a la estancia un aroma delicioso. Los platos fuertes fueron diversos pescados fritos y estofados de carne de caza, aunque no supe distinguir bien si se trataba de jabalí, aderezados con salsa de pimienta, canela y albahaca. A pesar de los éxitos militares y del flamante regreso de su esposo, durante toda la cena me percaté de la extraña melancolía que asomaba al rostro de doña Isabel. Era una mujer muy bella y portaba un elegante vestido, además de joyas deslumbrantes. Pero su mirada daba a entender que no era feliz y algo, que enseguida descubriría, pesaba en su corazón. El ágape finalizó con un surtido de frutas del tiempo, tortas y mazapanes, además de unas fantasías de azúcar decoradas con los escudos de la Casa de Aragón y de los Médici. Con ese gesto y de un modo muy sutil, don Ramón manifestaba claramente su adhesión a León X y no específicamente al Papado, cuyos emblemas no aparecían en los dulces. Mi señor se percató de ese detalle y, con un gesto de complicidad, correspondió al virrey con una ligera inclinación de la cabeza mientras comía uno de aquellos pasteles. Tristemente, ni siquiera aquella sorpresa final que la pareja nos tenía preparada consiguió que la sonrisa apareciera en el rostro de doña Isabel.

Tras la comida y como señal de amistad, se realizó la habitual entrega de regalos. El Papa nos había confiado varios objetos que debíamos ofrecer al matrimonio, que yo había protegido durante todo el viaje con especial cuidado. A una señal

de monseñor Chiericati, saqué un paquete muy bien envuelto en tela de seda, que ofrecí al virrey. Se trataba de una copia de la obra de Roberto Valturio *De re militari*, que Lorenzo de Médici tenía en su biblioteca y que ahora su hijo, León X, se había preocupado de traducir para ofrecer como presente a quien había ayudado a consolidar a su familia de nuevo en Florencia. Don Ramón agradeció el libro, ya que era un tratado muy preciso sobre la disciplina militar y quedó impresionado por las magníficas xilografías en las que se representaban diferentes armas de asedio como ballestas, cañones y bombardas. Pero si el regalo del virrey habría sido considerado por muchos como un tesoro, el que el Papa tenía preparado para su esposa superó las expectativas de la pareja. Cuando aún don Ramón no había terminado de salir de su asombro, presenté a la virreina un pequeño relicario cuadrado de marfil, con incrustaciones de nácar y un delgado cristal que dejaba ver su bien protegido interior. Doña Isabel lo tomó entre sus manos y observó que se trataba de una falange humana, pero su rostro reflejaba que no comprendía totalmente su contenido. Fue entonces cuando mi señor tomó la palabra y explicó que se trataba de un trozo del dedo de San Blas, milagroso patrón de las enfermedades de la garganta. El Papa conocía de sobra el enorme pesar del matrimonio ya que su hijo Antonio, primogénito y heredero, era mudo. Monseñor Chiericati añadió que León X había bendecido personalmente la reliquia, a la espera de que pudiera ayudar a la curación del niño. En ese momento, comprendí el porqué de la tristeza de aquella dama quien, como supe más tarde, también había perdido a una hija hacía pocos años. Los virreyes no salieron de su asombro ante lo que consideraban el mejor

regalo posible y, en aquel momento, las lágrimas de gratitud afloraron a los ojos de doña Isabel mientras se aferraba al sagrado estuche como si le fuera la vida en ello.

La inteligente maniobra de la reliquia del dedo de San Blas, gracias al fervor de su esposa, nos granjeó la incontestable amistad del virrey, quien entregó a mi señor un salvoconducto con su sello para poder recorrer sin problemas cualquier parte del reino. Además, puso a nuestra disposición una pequeña guardia de una docena de hombres de su más entera confianza, para que nos sirvieran de protección durante el viaje. Monseñor Chiericati no quiso esperar demasiado y, a la semana siguiente, ya estábamos en camino hacia las diferentes ciudades y villas que deberíamos recorrer en dirección al Sur: Salerno, Potenza y Cosenza, entre otras, para finalizar en Reggio, donde embarcaríamos rumbo a Sicilia. Nuestra misión en aquella ocasión era triple: en primer lugar agradecer al virrey su apoyo a los Médici y conseguir su protección, que ya habíamos logrado, pero había algo más. El encargo oficial del Papa era recorrer Nápoles y Sicilia vendiendo indulgencias para costear las obras de la nueva Basílica del Vaticano, en aquellos momentos en construcción. Pero en realidad había otro interés, que en ningún caso podía hacerse público. En cada ciudad o villa de importancia que atravesábamos, debíamos asegurarnos de la postura que nobles o principales de la zona tomarían en el caso de una hipotética contienda. León X estaba especialmente interesado en conocer a los posibles aliados si se produjera una tercera guerra entre los españoles, que controlaban Nápoles, y los franceses, que no cesaban en un expansionismo iniciado hacía más de treinta años. Por ello, el

Papa necesitaba un informe detallado sobre las intenciones de quienes pudieran liderar ejércitos o gobernar ciudades estratégicas en un dominio tan ligado a Roma.

Durante varios meses atravesamos todo el reino entrevisándonos con obispos, duques, condes o cualquier persona influyente. Ciertamente, aquellas visitas tenían siempre un pretexto religioso, ya que el motivo oficial de nuestras reuniones era la venta o, en muy escasas ocasiones, el regalo de bendiciones e indulgencias con el sello de León X, que yo guardaba por docenas y que, por supuesto, no estaban firmadas de su puño y letra. La remisión de los pecados de los nobles o la reducción de días de condena de alguno de sus antepasados en el doloroso Purgatorio era el mejor modo de abrirnos las puertas de palacios y mansiones. Aquellos documentos, además de la innata habilidad de monseñor Chiericati para obtener información, proporcionaron una inapreciable fuente de conocimientos políticos, que yo anotaba de manera minuciosa en mis cuadernos. Aun así, había que ir con sumo cuidado para ganarnos la confianza de aquellos grandes sin levantar dudas ni sospechas. De ahí que nuestro viaje se demorara tanto y nos viéramos obligados a prolongar estancias de una semana en cada villa, y de casi un mes en las ciudades de mayor tamaño. Algo que pude confirmar en todos y cada uno de los lugares que visitábamos, ya fueran lujosas urbes o modestos pueblos, era la absoluta disconformidad de la población ante la idea de una posible guerra. Todo el reino había sufrido mucho en los últimos veinte años, desde que un alocado Carlos VIII decidiera atravesar Italia para plantarse en Nápoles y reclamar sus derechos al trono. Ni él ni su sucesor, Luis XII, habían logrado imponerse a los españoles, a pesar

de disponer siempre de mejor artillería, avituallamiento o de un ejército muy superior. El artífice de aquella gesta fue el hombre que aún era recordado en una tierra demasiado tiempo azotada por la penuria: el Gran Capitán. Hacía ya siete años que Gonzalo Fernández de Córdoba había dejado de ser virrey, pero en Nápoles seguía siendo uno de los nombres que se escuchaban sin cesar en palacios, tabernas y mercados, si no el que más. Trovadores y poetas recordaban sus brillantes victorias de Ceriñola y Garellano y muchos aún esperaban impacientes que se produjera su regreso a tierras italianas. Pero el añorado militar se encontraba en aquellos momentos en España, exiliado en Loja según las malas lenguas, por motivos y razones que solo descubriría cuando regresara de nuevo a la capital.

Llegamos a Reggio, en el extremo Sur de Italia, a punto de iniciarse el otoño de 1514 y cruzamos el estrecho de Messina antes de que el frío y el mal tiempo dificultasen nuestra travesía. Me ilusionó saber que estaba navegando las mismas aguas en las que, miles de años atrás, Odiseo se había enfrentado a los peligros de Escila y Caribdis. Nadie hubiera podido vaticinar en aquellos momentos que llegaría a viajar y ver más mundo que el afamado héroe griego. Nuestra estancia en Sicilia no fue muy diferente, salvo que la isla llevaba más de doscientos años en manos aragonesas y su apoyo a los españoles era incondicional. Aún se recordaba el antiguo odio a los franceses, que acabó con las sangrientas vísperas sicilianas. Recorrimos la isla bordeándola, desde Catania a Siracusa y después por toda la costa hasta llegar a Palermo, la capital. Solo con recorrer los campos y las ciudades, se veía claro que Sicilia no había sufrido

guerras en su territorio tan recientemente como había ocurrido en Nápoles. Los campos eran ricos y los árboles viejos y de tronco grueso, algo que era muy difícil de encontrar en el reino contiguo, donde los olivos y los frutales no tenían más de diez años. Nuestra estancia en Sicilia fue meramente anecdótica, ya que todos los nobles eran fieles a la Corona de Aragón y ninguno se hubiera aliado con Francia, como sí podría suceder en el vecino Nápoles. Pero tuvimos que visitarla para continuar con nuestra misión oficial de venta de indulgencias y no levantar sospechas. En aquella isla de clima suave, con forma de triángulo, parecía que se hubiera detenido el tiempo. Recuerdo haber visto templos paganos convertidos en iglesias y decoraciones de antiguos mosaicos en dorado que no eran frecuentes encontrar ya en la península, donde se prefería la pintura al fresco. Nuestra estancia siciliana fue apacible, lejos de las intrigas y maniobras napolitanas pero, lamentablemente, no duró mucho.

Al comenzar la primavera, tomamos una nave en Palermo y zarpamos con destino a Nápoles. Su gran bahía y la siempre amenazadora sombra del Vesubio, nos dieron la bienvenida. Tras desembarcar, lo primero que hicimos fue dirigirnos a ver al virrey y agradecerle todas las facilidades que nos había proporcionado durante nuestro viaje. Don Ramón no había cambiado en el casi año y medio que nosotros habíamos permanecido fuera de la capital, pero su esposa sí. Parecía aún más triste y hundida que la primera vez que la vi y sus hermosos ojos se presentaban ahora surcados de profundas ojeras, sin duda por la falta de sueño. No tuve que atar muchos cabos para comprender que la reliquia no había surtido el efecto deseado y que, por ese motivo, la virreina parecía

desolada. Durante la cena estuvo como ausente y la sonrisa no anidó en su rostro en toda la velada. Rogué al Señor en silencio para que, si no podía curar a su hijo de la mudez, al menos le proporcionara otro que heredara los títulos de su esposo, pero nunca sabré si el Todopoderoso llegó a escuchar mis oraciones. La pareja nos ofreció las mismas estancias que habíamos disfrutado en la anterior ocasión y deshicimos nuestro equipaje para residir unos días con ellos, a la espera de nuevas órdenes.

Aquella semana nos presentamos también ante don Francisco de Remolins, una de las personalidades más influyentes de la capital. Don Francisco, de origen español, llevaba veinte años en Italia ocupando cargos de importancia como el arzobispado de Sorrento y, más tarde, el cardenalato. En el mismo Nápoles, había ejercido de lugarteniente del virrey durante sus frecuentes ausencias en la guerra como jefe de la Santa Liga. Pero, algo aún más importante, el cardenal Remolins contaba con la plena confianza de León X por haberlo apoyado en el cónclave que lo había elegido Papa hacía ya dos años, cuando yo aún vivía en Roma. La confianza que ambos mantenían, había hecho que fuera la persona indicada para que monseñor Chiericati le entregara los precisos informes y el dinero recogido durante nuestro viaje, que él remitiría al Santo Padre. El cardenal tendría poco más de cincuenta años y su mirada denotaba un carácter agudo e inteligente. Un escueto vistazo a los documentos que le entregamos dejó patente la buena impresión que le causaban y la fugaz mirada que intercambió con mi señor me dio a entender que se comprendían a la perfección. A la espera de que recibiéramos nuevas de Roma, don Francisco nos relevó

momentáneamente de cualquier tipo de trabajo. Monseñor Chiericati decidió que debíamos abandonar la residencia de Castel Nuovo y hospedarnos por nuestra cuenta. El virrey rápidamente nos cedió una pequeña casa señorial, no lejos de la Catedral, donde podríamos campar a nuestras anchas. Por fin, después de tantos meses de idas y venidas, disfrutaríamos de un merecido descanso.

La rutina de aquellos días llegó a volverse demasiado ociosa. Ocupé mi tiempo libre, que era mucho, en recorrer las calles de Nápoles y conocer algunos de sus rincones más curiosos. A pesar de la guerra, que había devastado los campos, la capital era una ciudad próspera que se había recuperado en muy poco tiempo. No se apreciaba en ella el aire de decadencia que se respiraba en Roma, quizá porque Nápoles era simplemente lo que se veía, y no pretendía ser una ciudad santa. Paseé por sus atestadas calles y, en una de sus plazuelas, pude escuchar de boca de un ciego la leyenda de la fundación de la ciudad, mientras un niño que le servía de lazarillo se perdía entre la multitud pidiendo dinero. Según narraba en verso el pobre viejo, Odiseo se había propuesto disfrutar del peligroso canto de las sirenas, quienes arrastraban a la muerte a todo el que las escuchara. Para ello, y por consejo de Circe, había mandado que lo ataran al palo mayor de su nave, mientras el resto de la tripulación se tapaba los oídos con cera de abeja. Así consiguió su propósito pero los dioses, furiosos con las sirenas por su fracaso, exigieron la muerte de una de ellas, y la desafortunada elección recayó sobre Parténope. Las olas arrojaron su cadáver hasta la playa y fue enterrada con honores en una tumba donde más tarde se alzaría un templo, que iría expandiéndose hasta crear la ciudad

de Nápoles. Cuando el ciego terminó su relato, di al rapaz una moneda de cobre, agradecido por haber aprendido algo que desconocía completamente, y proseguí mi camino.

Aparte de leyendas y supercherías, lo cierto era que los libros narraban que en la ciudad se habían instalado personalidades de la talla de Tiberio o Virgilio. Incluso el último gobernante del imperio romano, Rómulo Augústulo, había sido depuesto por Odoacro y encerrado en una villa en el mismo solar donde entonces se alzaba Castel dell'Ovo. Dirigí mis pasos hacia aquella fortaleza junto al mar para verla de cerca. Me entusiasmaba pensar que había pisado la colina del Capitolio, el lugar donde la tradición decía que Rómulo había fundado la ciudad eterna y ahora, en Nápoles, pisaría la misma tierra donde se había refugiado el último emperador. Parecía como si, en dos años, mis pies hubieran hoyado toda la Historia de la antigua Roma. En otras ocasiones también aprovechaba para pasear por el puerto que me recordaba, en parte, a mi añorada Venecia. En sus tabernas podía escuchar relatos de maravillosos viajes, contados por marineros que habían llegado casi hasta el fin del mundo y presenciado prodigios increíbles. Fue entonces, apartado de palacios y sin la atenta vigilancia de los nobles, cuando aprendí algo más del que allí conocían como el Gran Capitán. El héroe que había derrotado a los franceses y traído la tan deseada paz a Nápoles era todavía muy querido y recordado, a pesar de que hiciera ya ocho años que había abandonado el reino rumbo a España. Yo había escuchado la versión oficial de sus gestas y triunfos pero tuvo que ser en una cantina de mala muerte, no lejos de los muelles, donde por fin comprendería lo que ocurrió con tan insigne militar, algo que nadie hasta entonces se había atrevido a contarme.

Una tarde en que estaba a punto de regresar a casa, escuché una pelea a las puertas de uno de los tugurios que rodeaban el puerto. Mi carácter solía ser pacífico y nada propenso a las trifulcas, pero aquella no parecía una riña cualquiera. Un hombre ya entrado en años se había deshecho de tres soldados cuyos uniformes identifiqué con los de la guardia del virrey, y se retiraban abucheados por el gentío allí reunido. Me extrañó sobremanera que nadie tomara represalias contra aquel hombre y, sobre todo, cómo lo abrazaban y vitoreaban los presentes. Pregunté a un joven que tenía cerca qué había sucedido y me contó que la guardia del virrey se había mofado del Gran Capitán y el solitario, antiguo veterano de sus campañas, había salido en su defensa. En ese momento me quedé helado; tenía ante mí a un soldado que había conocido personalmente a Gonzalo Fernández de Córdoba. No lo pensé un instante y me acerqué a él. El antiguo militar se había sentado en una esquina, seguramente buscando cierta tranquilidad después del incidente. Me presenté como Antonio Pigafetta, enviado papal y cronista de la ciudad de Roma interesado en escribir una Historia sobre el Gran Capitán, aunque esto último no fuera cierto. En un primer momento dudó de mis palabras, pero al escucharme ordenar al mesonero una jarra de vino y un plato de pescado frito para nuestra mesa, se dejó de reticencias y me ofreció asiento. Además de las gestas y victorias que yo conocía, entre bocados de sardinas que acompañaba con frecuentes tragos de vino, me narró cómo su admirado capitán había sido traicionado por el rey don Fernando. Mi sorpresa fue enorme al escuchar semejantes palabras pronunciadas con tal soltura, pero lo cierto era que no había nadie más cerca. Aun así,

pensé que aquel hombre las habría repetido a voz en grito en la plaza del mercado, tal era la determinación con la que hablaba. Me contó que don Gonzalo había abandonado Nápoles con la promesa del rey de obtener el maestrazgo de la orden de Santiago y cómo, al llegar a España, recibió tan solo la tenencia de la villa de Loja, un pequeño pueblo no lejos de la ciudad de Granada. Allí permaneció varios años soñando con regresar y, cuando se presentó la oportunidad, don Fernando le pagó con la peor moneda posible. Tras la victoria francesa de Rávena, toda Italia clamaba por el retorno del afamado militar. El rey católico incluso organizó una expedición, de la que mi interlocutor llegó a formar parte, para reunir un ejército que debería embarcarse en Málaga y cruzar el Mediterráneo. Pero todo resultó ser una artimaña para distraer a los franceses y desviar parte de sus tropas hasta Italia mientras el rey, sirviéndose del duque de Alba, conquistaba Navarra. Ésa fue la última muestra de gratitud de un rey al capitán que le había regalado un reino. Comprendí entonces por qué el gentío había apoyado a aquel soldado en su lucha contra la guardia del virrey, a quienes veían como representantes de don Fernando, y el respeto que aquellas gentes aún sentían por el Gran Capitán.

Cuatro meses después de regresar a Nápoles, cuando ya parecía que se habían olvidado de nosotros, mi señor fue llamado de nuevo por don Francisco Remolins. Según palabras del cardenal, Su Santidad estaba tan satisfecho con el informe presentado que solicitaba a monseñor Chiericati una misión diplomática de altísimo secreto. Mis oídos no dieron crédito cuando escuché que deberíamos prepararnos cuanto antes para viajar a la antigua capital de Oriente: Constantinopla.